

8

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ENCMO. SEÑOR

D. ARTURO MÉLIDA Y ALINARI

EL DÍA 8 DE OCTUBRE DE 1899



MADRID

INST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1899





# DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ARTURO MÉLIDA Y ALINARI

---

## TEMA

**Causas de la decadencia de la Arquitectura y medios para su regeneración.**



SEÑORES:

La práctica reglamentaria, que exige á los artistas un discurso para su recepción en esta Academia, nos crea un verdadero compromiso, sólo comparable al conflicto en que se hallarían los críticos si les obligaran á pintar un cuadro, modelar una estatua ó dibujar las trazas de un edificio: en varios casos, ese formalismo ha retardado el ingreso de algún insigne artista.

Yo he preferido no medir el peligro, y recordando la opinión de un maestro de la palabra, que también se honró con la medalla de Académico, D. Antonio Cánovas del Castillo, que decía que orador era el que hablaba de lo que no entendía, porque de lo que se sabe todo el mundo habla, he aplicado el axioma á la palabra escrita, porque aunque yo no pretendo *saber* de nada, tengo, en cambio, opiniones muy arraigadas, y espero hallar frases con que exponerlas claramente.

Para un solo fin echo de menos la elocuencia, y quisiera ser un Demóstenes para expresaros mi agradecimiento por la honra que me dispensáis admitiéndome en vuestro seno: seguro estaba de obscurecer al coloso de las *Philípicas* si mi oratoria fuera reflejo de lo que mi alma siente y no acierta mi mente á expresar en palabras.

No busquéis citas en esta disertación mía; no trato de demostrar erudición exponiendo opiniones ajenas: vengo solamente á manifestar las mías.

He estudiado muy poco en libros, mucho en obras de Arte, y el resultado de mis reflexiones es lo que vengo á exponer con la claridad que me caracteriza, y sin tratar de imponer á nadie mi criterio.

He aquí el fin más práctico que, á mi juicio, pueden tener estos discursos: así como en las Asambleas políticas los que en ellas toman asiento por vez primera tienen el deber de hacer manifestaciones que sirvan de profesión de fe, así también en estas Corporaciones considero muy conveniente, en el ingreso, hacer una declaración de principios, para que sepan, si no los compañeros, el público que asiste, la representación que trae el que llega á tomar parte en los trabajos que pudiéramos llamar *legislativos del Arte*.

¡Qué ajeno está el hombre de sus destinos! Jamás pasó por mi mente en los comienzos de mi juventud, cuando con el mayor entusiasmo vestí el uniforme militar, la idea de ser Arquitecto. No entró en manera alguna en mis aspiraciones la de ser Académico cuando comencé á practicar la profesión, y, por último, tampoco creí, ni creyeron mis amigos, que llegaría un día en que yo hiciera públicamente el elogio de D. Francisco Cubas.

Y, sin embargo, yo soy siempre el mismo; y porque soy siempre el mismo, y no quiero dar pábulo á la maledicencia, ni siquiera para sonreír irónicamente al escucharme alabanzas del Marqués de Cubas, prefiero reconocer noblemente que, si por largos años nos separaron cuestiones de apreciación en un asunto profesional,

*Elogio del Marqués  
de Cubas*

en que cada uno es dueño de su criterio, no es una práctica establecida y una obligación del momento la que me impulsa á quemar incienso en aras suyas; y si siento mucho tener que recordar sus méritos, es por la causa que los motiva: hubiera cien veces preferido que estuviera entre vosotros los que me escucháis.

Tengo la inmensa satisfacción de que al morir me contaba en el número de sus amigos, y nuestra reconciliación es lo primero que debo consignar en honor suyo; creí cumplir un deber de caballerosidad, en el que nada tenía que agradecerme: no era deuda con él, sino con mi propia hidalguía; su respuesta fué subir, enfermo y fatigoso, las escaleras de mi casa para darme un abrazo. Todas nuestras diferencias se borraron; pero nunca se borrará de mi recuerdo la impresión que me produjo aquella grandeza de alma en un cuerpo próximo ya á ocupar el ataúd. Al día siguiente visitaba, muy temprano, una obra mía; buscaba con avidez detalles que alabar, y me prodigaba consejos de maestro. Ese era el hombre.

En cuanto al artista, ¿qué voy á decir en esta casa, que no sepáis?

Cuando ingresé en la Escuela de Arquitectura me sorprendieron sus dibujos, envíos de la pensión de Roma, y con noble envidia los miré y los sigo contemplando: pocos podrán ponerse junto á la *Restauración del templo de Theseo*.

Al regreso de esa pensión, cuando ya traía la aureola de artista, obtuvo el título de Arquitecto, origen de los nobiliarios que luego alcanzó, porque D. Francisco Cubas, primer Marqués de Cubas y de Fontalva, debió á su

profesión cuanto fué en el mundo, incluso hombre político.

Nada más opuesto á su carácter que las luchas é intrigas de la política, en las que ya nada podía obtener un hombre colmado de honores y riqueza; la política le buscó á él, necesitada de un prestigio que llevar á la Alcaldía de Madrid, y de esa piedra de toque, en que las reputaciones mejor sentadas ruedan por el suelo, y los méritos más legítimos se discuten, trocándose á veces merecimientos por acusaciones, D. Francisco Cubas salió incólume, y la manifestación de duelo que presencié el vecindario de esta villa, es la mayor prueba del universal respeto que le acompañó á la sepultura.

Ni creo necesario hacer su elogio, ni mucho menos enumerar sus obras, que todo el mundo conoce.

Una sola circunstancia debo consignar, por ser única: en su entusiasmo por el Arte, no contento con idear y realizar las obras, con mucha frecuencia las costeaba. Su modestia ocultaba la importancia de ese eficaz auxilio que él aportaba, y que llevó importantes sumas á su obra predilecta: la iglesia de la Almudena.

*Corrección de Melitón*

He dicho que no formó parte de mis aspiraciones la de ser Académico, y para que no se interprete torcidamente, diré con franqueza por qué: tenía los ojos puestos en los concursos, aspiraba á levantar monumentos; pero no tenía el menor empeño en juzgar los de los demás: no quería dar el premio, sino ganarle; mas como aunque algunas veces sufre uno el percance de que se le pare el reloj, jamás tiene la suerte de que se pare el tiempo, con él ha ido, no corriendo, sino volando, mi juventud, y, á pesar mío, tendré que retirarme de la arena



á que con tanto entusiasmo bajé otras veces. ¿Hay aquí un Consejo de ancianos del Arte? Pues en ese debo yo tener un puesto, porque llevo cerca de treinta años dedicado á él.

Dije al principio de esta disertación que en los comienzos de mi juventud no pensaba en ser Arquitecto, y no sólo he de consignar por qué; debo también á mis compañeros los Arquitectos una reparación: pequé de pensamiento, pero incurri en pecado de irreverencia contra la profesión.

Voy á explicar cómo.

Si era muy grande mi afición á las armas, por las que creí sentir verdadera vocación, no era menor mi entusiasmo por las Artes.

Hermano de un artista, transcurrió mi niñez entre León Bonnat, Ricardo Ribera y Ceferino Araujo, que, en unión de mi hermano Enrique, me iban educando, sin saberlo, en la religión del Arte que ellos profesaban. Mi mayor ambición hubiera sido ser artista, y precisamente por eso no se me ocurrió nunca ser Arquitecto; perdonen mis compañeros, pero nuestra carrera no me pareció Arte, sino oficio.

Y la razón es muy sencilla: las impresiones que de niño se reciben, suelen grabarse muy hondamente.

Tendría yo ocho ó nueve años cuando á mi padre se le ocurrió hacer obra en la habitación que ocupábamos, y vino un Arquitecto amigo suyo á dirigirla; nunca pude imaginarme que aquel buen señor, presidiendo la operación de entomizar virotillos y arrojar pelladas de yeso para constituir panderetes, fuera un artista; no quiero nombrarle porque no parezca desacato: ya ha muerto;

pero en respeto á su memoria, debo consignar que conozco de él un enterramiento de lo más notable que hay en el cementerio de San Isidro, y que bajo todos conceptos es un verdadero monumento.

Sentiría que alguien creyera que hablo demasiado de mí mismo y de mis propias impresiones; pero empiezo ya á tocar el asunto, y forzoso me es, puesto que voy á exponer consideraciones é ideas propias, puntualizar cómo y por qué y en virtud de qué observaciones han venido á mi mente.

Esto exige que me aparte, aunque sólo sea en la apariencia, del objeto principal de mi discurso, para establecer á la ligera una división ó clasificación de las Artes.

Como los árboles se bifurcan para luego, á su vez, dividirse y subdividirse en varias ramas, así también el Arte tiene, á mi ver, dos grandes troncos que se separan desde la raíz: uno, la imitación del natural; otro, la creación de la forma de lo que no existía.

Si de un ejemplo hubiera de valerme para explicar mi tesis señalando dos tipos de las dos divisiones, presentaría, como representación del natural, un retrato de Velázquez; como caso de forma creada por el hombre, un capitel jónico.

En la primera división entran la Pintura y la Escultura; la segunda es la Arquitectura. Y no en su función sola de trazar edificios y monumentos, sino de dar forma á cuanto el hombre ha creado. Los muebles, las armas, los navíos (bien entendido que los antiguos, porque los modernos son artefactos muy útiles, mucho más que las *trirremés*, pero bastante más feos), cuanto ha hecho el hombre buscando la belleza en la forma.

*Clasificación de las artes, las divididas en dos como la escultura en y por la forma y por la creación de la forma en la arquitectura.*

Suponen algunos, y muy principalmente los partidarios entusiastas del realismo, que no puede existir arte donde no hay estudio y reproducción de la Naturaleza: no conozco error más craso ni desconocimiento mayor de las obras del arte arquitectónico.

¿Dónde está el modelo de las bóvedas ojivales? ¿Qué le deben á la Naturaleza los templos egipcios ni los griegos, como no sea el material en que se labraron?

Tan firme es mi creencia de que este gran Arte de la Arquitectura, *creando la forma de las cosas*, es independiente en absoluto de todo *arte representativo*, que estoy convencido por la observación de que llena mejor sus fines cuanto más se aleja del natural. Ved un ejemplo: las armas defensivas. ¿Qué yelmos tienen forma más elegante? los que más se separan de las líneas de la cabeza humana. Toda tentativa de reproducir en las piezas de las armaduras los miembros que cubrían, han resultado siempre monstruosas, y podrán, en cambio, presentarse pocos tipos en su género de tan acertada distinción como la armadura de torneo del siglo xv.

Me llevaría muy lejos la defensa de esta tesis, y siquier ~~ta~~ en gracia de que ahora nadie me contradice, ni debo tampoco abrir cátedra sobre las formas de los objetos, vuelvo á mi punto de partida, ó sea la división en arte *imitativo* y arte arquitectónico ó de *la forma abstracta*.

Nada en el mundo en que vivimos se presenta aislado, antes al contrario, como se engranan y relacionan las piezas de una máquina de relojería, así también se eslabonan los hechos, los conocimientos, las ideas y cuanto constituye la vida humana; y así las Artes se encuentran, no separadas por infranqueables vallas, sino fun-

*La arquitectura es independiente del arte representativo*

*Artes imitativas y de la forma abstracta*

diéndose unas en otras por gradaciones insensibles como los colores del arco iris: el término medio, la *transición*, por decirlo así, del arte de *representación* al arte *arquitectónico*, es el arte decorativo. Este, ligado á la Arquitectura por su destino, forma parte de la Pintura y la Escultura por su esencia; pero es preciso reconocer, y yo que vivo exclusivamente dedicado á él tengo el deber de confesarlo, que no es necesario á la Arquitectura, que ésta puede muy bien existir sin aquél.

Dos monumentos sepulcrales conozco labrados en nuestros días: uno, de D. José Segundo de Lema; otro, de D. Emilio Rodríguez Ayuso, dignos de figurar junto á los mejores monumentos de la antigüedad, y ni en uno ni en otro hay el menor detalle que pueda llamarse decorativo.

No es, sin embargo, el caso más frecuente, porque la perfección suele ser rara, y de tiempo inmemorial las obras de la Arquitectura van ligadas al arte decorativo, y así han vivido la Pintura y la Escultura en consorcio íntimo con la Arquitectura; y á semejanza de lo que sucede en las familias, que no siempre es el cabeza de ellas el que lleva el gobierno, así también el estudio de los monumentos demuestra la influencia, unas veces de la Pintura, como en el arte egipcio y en el bizantino, otras de la Escultura, como en algunos monumentos griegos y romanos y en casi todos los barrocos.

Este predominio es tolerable por la unidad de estilo, y porque las pinturas ó esculturas que se han impuesto á la Arquitectura participaban de su mismo carácter: eran generalmente de *una mano* cuyas obras podían resultar discutibles como tendencia, pero asombrosas como re-

sultado. A mi memoria viene el recuerdo de Berruguete y de su sillería del coro de la Catedral de Toledo: podrán censurar los críticos la *tendencia*, pero hay que descubrirse ante la *ejecución* y el asombroso efecto conseguido.

Forzoso es reconocer que si obras de arte decorativo hay muchas, estilos de verdadera Arquitectura hay muy pocos.

Hay un proceso, como ahora se dice, de arte oriental, que toma cuerpo en Egipto y presenta un tipo perfecto de Arquitectura para mí venerable.

*Estos verdaderos de  
arquitectura*

Esos mismos elementos, por otros caminos evolucionan y forman un tipo de perfección absoluta: el arte griego.

Más adelante, el Oriente da nuevos gérmenes de Arte que producen el arte bizantino, y pasando por diversas fases el arte árabe.

Por último, elementos diversos y una revolución en el arte de construir, crean el arte ojival, la Arquitectura por excelencia, por la suma de conocimientos y de facultades que revela en sus creadores.

Y ya se han acabado los estilos de Arquitectura propiamente dicha en el mundo conocido de los antiguos, en el que no cabe incluir la India, la China, ni mucho menos América, no ya tan sólo por no hallarse algunos estudiados y clasificados cronológicamente, sino por no estar ligados, como los anteriores, á la historia del arte europeo, de la que forman parte.

Sólo en la época de Luis XV influyó algo la China, y actualmente el arte japonés ha marcado tendencias que algunos llaman cándidamente prerrafaelistas.

Tengo para el arte romano y para el Renacimiento una opinión *irreverente*: los considero escuelas de *arte decorativo*, pero no estilos de arquitectura, porque á excepción de la bóveda romana, no hay en ellos una estructura nueva y propia, inseparable de la forma, como sucede en el arte ojival.

Quisiera, sin embargo, que en la época actual estuviéramos á la altura de los maestros de esas escuelas.

Por fortuna, no tengo que hacer hoy historia de la Arquitectura, y digo por fortuna, porque entre los que me escuchan hay más de uno ante quien no me atrevo yo á hablar de historia: señalo solamente puntos principales que me sirvan de jalones para la nivelación que trato de hacer.

Me he propuesto señalar las causas de la decadencia de la Arquitectura, y era forzoso antes establecer las relaciones entre los diversos factores del Arte, tal y como se presentan en el que yo creo comienzo de esta decadencia.

*El Escorial*

A la brillante época del Renacimiento, en que, comenzando á obscurecerse la Arquitectura, luce en todo su esplendor el arte decorativo, sucede una reacción con Juan de Herrera, en que coincide la severidad de principios clásicos del maestro con la austeridad del Monarca que lo costeaba, y diré con franqueza que ya tanta seriedad resulta un poco aburrida, y viene á ser el estilo del Escorial un estilo anacoreta, *ayunando de Arte y mortificándose con la abstinencia de la belleza*.

Es, sin embargo, Juan de Herrera un hombre de raro mérito, constructor notabilísimo, geómetra insigne que presintió la Descriptiva, y verdadero Arquitecto, pues

para nada necesitó auxilio de escultores ni pintores. Los frescos de la Iglesia son muy posteriores, y el único que hay de su tiempo, pintado por Luqueto, ganaría mucho el templo si se le hiciese desaparecer.

Como ocurre siempre en el mundo de las ideas, donde igualmente que en el físico, la reacción es igual y contraria á la acción, á la severidad de los tiempos de Felipe II sucedió el barroco, que empezó en el reinado de Felipe III y se había ya efectuado su desarrollo al subir al Trono Carlos II, para continuar aún, cada vez más atrevido é innovador, hasta después de mediar el siglo XVIII.

Tan patente es el hecho de que el barroco no es propiamente un estilo de Arquitectura, sino una escuela de ornamentación, que casi todo él está hecho por pintores: la mejor obra de esa época que tenemos en Madrid es de Alonso Cano, y no hay otro arte más *pintoresco*, por la nota picante de claro-oscuro que siempre ofrece su accidentada forma.

Este es el punto que yo venía á buscar para establecer una de las afirmaciones de mi disertación: al espirar el arte ojival, la Arquitectura cae en manos de los plateros; pasa luego, en el desarrollo del Renacimiento, á las de los escultores y tallistas; recoge después Juan de Herrera el cetro, que pasa más tarde á poder de los pintores.

En ese momento aparece el astro del arte moderno: *Velázquez*.

Pocos tendrán por él un respeto tan profundo como yo, que le considero un hombre superior y único semejante á Fidias..... pero no sé si atreverme á decirlo; por lo menos es necesaria alguna preparación.

*Arte barroco: es una escuela de ornamentación*

*Arte plateresco, q. pasa á escultores y tallistas*

*Recoge luego Herrera el cetro q. pasa á los pintores*

*Velázquez, genio sup<sup>o</sup> y realista pero, ¿responde al arte monumental?*

Cuando empezaron á construirse vías férreas en España, los vecinos de cierto pueblo no muy lejano á Madrid, que no nombro porque tengo en él un pariente, andaban sobresaltados y nombraron una Comisión que viniera á la capital á gestionar, no que el trazado pasara por el pueblo, sino, por el contrario, se alejara de él lo más posible; y cuando el que lo oía preguntaba atónito por qué, contestaban: *Porque va á matar la arriería*. Y es innegable que era un punto de vista. Yo tengo también uno mío especial, que es de suponer la influencia de Velázquez, muy perjudicial al arte decorativo.

De igual manera que en Literatura existe la Poesía, en las Artes del dibujo la forma poética es el arte decorativo; éste, como aquélla, es una ficción, y presenta las cosas, no con sinceridad, sino con cierto encanto, que es una dulcísima mentira, lo que son en el fondo todas las cosas agradables de la vida: hasta en el ritmo tienen semejanza el ornato y los versos.

A mí Velázquez se me representa como el Cervantes de la Pintura, y una misma es la musa que inspiró el Sancho Panza y los famosos retratos de los enanos. El llamado Príncipe de los ingenios, y el Príncipe de los pintores, adoraron una misma diosa: la Realidad; pero el arte monumental no puede quemar incienso en esos altares; sólo puede rendir culto á otra deidad: la que dictó la *Encida* y *La Araucana*, la que dictó al Dante la *Divina Comedia*.

Sería la mayor de las injusticias achacar á la influencia de Velázquez la decadencia de la Arquitectura en su tiempo y en las generaciones siguientes á la suya. Como todos los genios superiores, no fué hombre de su



época, y en ella no ejerció influencia; ésta se ha sentido cerca de dos siglos más tarde, de igual modo que á Cervantes se le parecen algunos escritores actuales, y ninguno de los siglos xvii y xviii.

La semilla que sembró Velázquez (que es el primer pintor del siglo xix) ha fructificado en nuestros días cuando la fotografía ha demostrado que ningún pintor había visto el natural tan exactamente como él; y esta corriente realista, imponiéndose por todas partes, como gusto general de la época, fomentada por la Literatura, ha invadido también la Escultura, tratando, con raras cuanto honrosas excepciones, los grandes asuntos, las estatuas de los héroes, como asuntos de género.

La Arquitectura, que en el arte barroco había desarrollado un nervio decorativo que le hace acreedor á que se le perdonen todos sus extravíos, tuvo en los pintores y escultores intérpretes admirables; y cuando se impuso la reacción clásica de la Escuela del Caballero Fontana y el Abate Jubara, encontró todavía en aquellos auxiliares poderosos, cuyo principal encanto consistía en cierto sabor barroco que aún conservaban, y que les prestaban grandiosidad y arrogancia. Saquetti, secundado por Tiepolo y Corrado; Sabattini y Bonavía, ayudados por los escultores españoles del tiempo de Carlos III; y por último, D. Ventura Rodríguez y Don Juan de Villanueva, iluminan el crepúsculo de la Arquitectura y del arte decorativo.

Hay luego intentos de arte ornamental en el reinado de Fernando VII, inspirados en el estilo del Imperio, de escaso mérito, ahogados después por un falso gótico que evocó el Romanticismo, y que, careciendo de base

*Arte barroco y reacción clásica de la escuela de Fontana*

*Arte del Imperio en tiempo de Fernando VII*

por el absoluto desconocimiento del arte ojival, que casi se ha empezado á estudiar en nuestros días, produjo verdaderos engendros de gusto abominable.

*Renacimiento con  
de Federico Madrazo*

Poco á poco, y á impulsos de una gloriosa generación que todos hemos conocido, llevando á la cabeza al que fué Director de esta Academia, D. Federico Madrazo, las Artes tomaron nuevos bríos, renacieron; pero siguiendo diferentes caminos de los que antes recorrieron, y entonces se presentó este realismo actual que divorció á los artistas del arte decorativo, al que casi se ha llegado á mirar con desprecio por convencional y falso.

*Los arquitectos solos  
actualmente*

Quedaron los arquitectos solos; mas es el caso que también á algunos de ellos les alcanzó el realismo, pero bajo otro aspecto: el utilitario.

*Casos de alquiler y  
trabajos periciales*

Y se dieron á hacer casas de alquiler, cuando no á trabajos de mediciones y justiprecios, en realidad muy provechosos y convenientes, pero que han traído el Arte al estado en que se encontraría la Literatura si, habiendo desaparecido los escritores, quedaran sólo los escribanos y corriera la pluma únicamente sobre papel sellado.

No han sido esos arquitectos los más culpables de la decadencia actual del Arte; también el Estado ha tenido su parte con la aparición de una entidad, creación de las disposiciones legales que nos rigen: el contratista que ha hecho desaparecer al antiguo maestro de obras, compañero leal del arquitecto.

Desde que las construcciones se miden por el mismo rasero que los suministros de carbón de los establecimientos públicos, ó los zapatos de los presidiarios, y se considera mejor postor al que más se separa del verda-

pero precio de las obras, no será fácil llegar á la perfección: con esos auxiliares no se labra seguramente el Parthenon.

¿Hay alguien que crea que acuso á mis compañeros? Nada más lejos de mi ánimo: sólo les censuro, y no á todos, que confundan lastimosamente la construcción con la Arquitectura.

Una hábil disposición de pies derechos para dar lugar á espaciosa crujías y cómodos pasillos; una calefacción bien estudiada y unas dependencias higiénicas, son cosa muy útil y necesaria á la vida; pero la resolución de todos esos interesantísimos problemas, sólo haría del Arquitecto un respetable industrial que pudiera figurar entre sastres y cocineros, que también proporcionan artículos de primera necesidad; pero eso no es ser artista. No basta que conste en el título: es necesario practicar la profesión como se practicó en siglos anteriores.

Censura para mis compañeros sólo la tendré en un concepto: en el desprecio con que miran la mayor parte el arte barroco, al que designan con el epíteto de churrigueresco, que la gente ha llegado á creer sinónimo de chabacano y de disparatado. Más respeto se merecía el autor de la fachada del Hospicio, y es bien injusto designar con su nombre un estilo que no creó él, sino que fué el gusto de su tiempo, iniciado en Italia y exagerado en Francia.

Yo, lejos de participar de ese sentimiento general de la clase á que pertenezco, tengo verdadera veneración por los últimos decoradores que hubo en España, y muy principalmente por dos, á cuya memoria guardo profundo respeto, el que se debe sentir siempre por aquél á

*Problemas arquitectónicos  
de necesidad sólo en el  
arte*

*Injusto desden con que se  
juza el barroco*

quien se reconoce uno inferior: D. Pedro Duque Cornejo, autor de la sillería del coro de la Catedral de Córdoba, y D. Narciso Tomé, que trazó y labró el famoso transparente de la Catedral de Toledo.

Dice así el epitafio del primero:

«Aquí yace D. Pedro Duque Cornejo, Estatuario de Cámara de la Reina Nuestra Señora, Varón de singularísima Bondad y sencillez, célebre Profesor de la Arquitectura, Pintura y Escultura: Hizo la sillería del coro de esta Santa Iglesia, que concluyó con su vida, año de 1757, á los 80 de su edad.»

Y en el famoso transparente, hacia el ángulo inferior de la derecha, existe una inscripción latina que traducida al castellano dice á la letra:

«Narciso Tomé, Arquitecto mayor de esta Santa Iglesia Primada, delineó, esculpió y á la vez pintó por sí mismo toda esta obra, compuesta y fabricada en mármol, jaspe y bronce.»

Vean mis compañeros cómo estos dignos antecesores nuestros, aunque carecieron de título, tenían, en cambio, muchos á nuestro respeto, y ya que cito el título, bueno será consignar que las grandes figuras de nuestra profesión carecieron de él, y desde que le tenemos no asombramos al mundo con nuestras creaciones, mientras que nuestros colegas pintores y escultores no han necesitado de él para elevar su Arte: yo les felicito de que no posean. Si existieran títulos de pintor y de escultor, no habría pintor de brocha ni vaciador que careciera de él; verdad que tampoco entre ellos existen los *empresarios*.

Aunque parezca que me complazco en trazar un cua-

dro sombrío, cuando en realidad no hago más que declarar con franqueza verdades que están en la conciencia de todos, he venido, por el contrario, á entonar un himno de esperanza, porque presiento que está muy cerca el engrandecimiento de nuestro Arte.

Y creo que para conseguirlo hay dos caminos.

El más seguro, pero en cambio el más difícil, es seguir las huellas de Lema y de Ayuso: huir de la ornamentación. El laconismo avalora el arte de la palabra; pero es más fácil la elocuencia en un discurso que en una sola frase. La estructura acusada en una forma hermosa y sobria, regulada por grandiosas proporciones: ese es el verdadero clasicismo.

Los que se sientan con fuerzas, deben marchar por esa senda, y desatarán el nudo gordiano; á los que les arredre el intento, les queda el otro camino de que hablé antes; ¿no se puede desatar el nudo? pues cortarle.

Es más fácil la Arquitectura y más agradable con el atractivo de la decoración, pero hay que hacerla; seguir el ejemplo de Berruguete, de Cornejo y de Tomé: los que no podemos ser maestros, seamos buenos oficiales. Aún queda quien espera un nuevo orden de Arquitectura, y, á mi juicio, no en vano; cambiado radicalmente el sistema de construcción, justo es pedir la nueva forma que dé expresión y apariencia de Arte á la moderna estructura. Los arquitectos no deben confesarse inferiores á sus predecesores de los siglos XIII y XIV; y como aquellos labraron un cuerpo hermoso que encerrara el alma de una nueva teoría científica, los arquitectos actuales estamos en el deber de dar forma de Arte á las construcciones de hierro. Pero hay que desandar lo andado,

*Hacerlo por regenerar el arte  
to la estructura acusada en  
forma hermosa y sobria*

*2.º Hacer la decoración siguiendo  
ej. de Berruguete, Cornejo  
y Tomé*

volver al comienzo de la decadencia de la Arquitectura, y partiendo de las últimas construcciones ojivales, hacerse esta sencilla reflexión que yo me he hecho muchas veces.

*¿Qué aspecto anti-artístico de las obras de hierro* Si el hierro hubiera hecho su aparición en la Arquitectura á fines del siglo xv, cuando ésta vino á manos de los plateros, *artistas del metal*, ¿habría habido solución de continuidad? Si las primeras cubiertas de hierro hubieran estado encomendadas á Villalpando, el autor de la reja de la Capilla Mayor de Toledo, ó de Juan de Vergara, el que hizo la verja del Sepulcro de Cisneros, ¿tendrían las construcciones metálicas el aspecto anti-artístico que hoy tienen? Con solos los alarifes de la carpintería de lo blanco, aquellos maestros tracistas de la línea recta, muy otro hubiera sido el proceso de la construcción metálica. No fueron los arquitectos los primeros que la emplearon, y, al adoptarla, conserváronle la forma, ya consagrada por la costumbre, para construcciones en que sólo se persiguió el fin práctico.

*Para el renacimiento de la arte hoy que buscamos en el ojival terciario, en el plateresco y en el mudéjar la tradición gloriosa* Hay que volver atrás, á esa época ya citada; buscar en el ojival terciario, en el plateresco y en el mudéjar, una tradición tan gloriosa como genuinamente española; continuarla en metal, olvidando las formas hoy empleadas, para hallar las nuevas; inspiradas en las condiciones del material y necesidades de la edificación, y huyendo igualmente de reproducir en hierro construcciones de piedra. Si señalo como punto de partida la fecha del plateresco, es porque la creo el comienzo de la decadencia, á semejanza de lo que se hace en un edificio que se restaura y del que sólo se conserva la parte aún no atacada de ruína.

Hay otra circunstancia que aconseja, si no tomar por modelo, por lo menos estudiar las referidas escuelas, y es que, como en la construcción moderna, se buscaba en el siglo xv el elemento pequeño para formar el conjunto grande; la bóveda gótica se componía de reducidas dovelas, y el artesonado mudéjar de cortos peñazos, así como la galería de máquinas de Duthert está constituida por elementos de reducidísimas dimensiones con relación á las de la nave mayor, que se ha cubierto.

Seguramente mis compañeros llegarán á la inmortalidad, y colocarán su nombre junto á los de maese Rodrigo Badajoz, Sagrera, Guas y Hontañón, si recuerdan que ni esos maestros, ni Fidias, Praxiteles, Miguel Angel, Rafael y Durero, como tampoco Velázquez, conocieron la Estética, útil tal vez á los filósofos, pero que yo, convencido de que jamás ha guiado ni guiará por el camino del Arte, he procurado no leer, porque un cristiano viejo no tiene para qué abrir el Corán.

HE DICHO.





## DATOS BIOGRÁFICOS

DEL EXCMO. SEÑOR

### D. FRANCISCO CUBAS Y GONZÁLEZ MONTES

PRIMER MARQUÉS DE CUBAS Y DE FONTALVA

---

Nació D. Francisco Cubas el día 13 de Abril de 1826.

Su padre, honrado y modesto industrial, conociendo las buenas disposiciones de su hijo, le dedicó á Arquitecto, haciéndole asistir al estudio de D. Antonio Zabaleta. Al crearse la Escuela de Arquitectura, en 1.º de Diciembre de 1845 formó parte de la primera promoción, terminando su carrera en 1852.

Al concluir sus estudios, pasó á continuarlos en Italia y Grecia, obteniendo el título al regreso de la pensión de Roma, en 17 de Diciembre de 1855.

Al volver á España se había conquistado una reputación de artista por sus envíos de pensionado, circunstancia á que debió él comenzar pronto á realizar obras, siendo una de las primeras la casa de la Carrera de San Jerónimo conocida por la *Villa y Corte*.

Coincidiendo con la época del mayor apogeo artístico de D. Francisco, cierto renacimiento del gusto que llevó á las clases elevadas á la reforma de sus viejas viviendas, la fama de Cubas hizo fuese llamado por varios aristócratas para realizar las obras, que principalmente eran de decorado, lo cual constituye la que pudiéramos llamar *primera manera* de Cubas, que corresponde á los tiempos en que sólo se le llamaba así.

Entonces hizo la transformación de la casa antigua del Excelentísimo señor Marqués de Alcañices, en un suntuoso palacio que ya no existe, y ocupaba el solar en que se ha edificado el Banco de España.

Y por el mismo tiempo edificó una casa típica, de una preciosa fachada, en el Paseo de Recoletos, inmediata al derruido Circo de Rivas.

Dirigió la reforma del palacio de Fernán Núñez, y más tarde la de la casa del Duque de Rivas, y próximamente por la misma fecha, hizo el hotel de Arenzana, hoy Embajada de Francia, siendo su obra más importante de esa época, en que cultivaba la Arquitectura civil ó privada, el Museo del Dr. Velasco.

La *segunda manera*, casi exclusivamente religiosa, corresponde á la época en que ya sólo se le llamaba Marqués de Cubas, en cuyo tiempo proyectó y realizó:

Sagrado Corazón de Jesús, colegio y capilla (calle del Caballero de Gracia).

Sagrado Corazón de Jesús, asilo é iglesia (calle de Claudio Coello).  
Salesas Reales.

Siervas de María.

Colegio de jesuitas (Chamartín de la Rosa).

Iglesia parroquial de la Prosperidad.

Idem id. de Santa Cruz.

Capilla del Palacio Arzobispal.

Varios Panteones en San Isidro.

Enterramiento del gran Duque de Alba (Salamanca).

Colegio y capilla del Sagrado Corazón de Jesús (Bilbao).

Universidad Católica de Densto.

Escuelas de niños y niñas en Llodio y Murga (Álava).

Y, por último, la Almudena.

Habría que incluir infinidad de obras particulares; pero no puede dejar de consignarse la restauración del castillo de Butrón, propiedad del Marqués de la Torrecilla.

Era Académico de San Fernando desde 1870.

Fué Alcalde de Madrid en 1892.

Y después de haber alcanzado toda clase de honores, dos títulos nobiliarios y varias condecoraciones, falleció el 2 de Enero del corriente año de 1899.

# CONTESTACIÓN

DEL ILMO. SEÑOR

D. ADOLFO FERNÁNDEZ CASANOVA



## SEÑORES ACADÉMICOS:

Si, cuando hace algunos años, al abrirme generosamente las puertas de este Santuario del Arte, me presenté tímidamente ante vosotros, por carecer de la elocuencia y conocimientos necesarios para cumplir las prescripciones del Reglamento, manifestando en forma literaria mi manera de sentir en Bellas Artes, ¿cuál no será mi natural recelo al tener que disertar hoy, no ya por cuenta propia, sino en representación del más alto Centro de las artes españolas y ante un público ilustrado que nos honra con su asistencia?

Pero vosotros lo habéis querido, y fuerza es obedecer vuestro mandato, aunque lamento no ser capaz de llevar dignamente vuestra voz al dar la bienvenida al nuevo Académico. El nombre de éste es tan notorio, así en publicaciones artísticas como en los talleres, que parece debiera omitir la descripción de los méritos que os han impulsado á llamarle á vuestro seno. Efectivamente: ¿quién no conoce al insigne artista Arturo Mélida, que, cual nuevo Alonso Berruguete, aparece á vuestros ojos con el triple renombre de pintor, escultor y arquitecto?

Sin embargo, como la fama de este artista es, más bien, debida á sus triunfos en los dos primeros conceptos, y

vosotros le habéis honrado con vuestros sufragios para ocupar una vacante en la Sección de Arquitectura, entiendo que no puedo dispensarme de recordar, si bien muy á la ligera, sus principales trabajos, especialmente en el concepto arquitectónico, á fin de ver si tan honrosa elección se debe, en parte, á vuestra natural benevolencia, ó es tan sólo justo premio á probados merecimientos.

Para ello tendré que bosquejar, á grandes rasgos, la historia del nuevo Académico en el triple concepto de alumno, de Arquitecto en el ejercicio de la profesión y de Catedrático.

Dedicóse primeramente el Sr. Mérida á la carrera de Estado Mayor del Ejército, logrando entrar en su Escuela cuando el ingreso constituía una rigurosa oposición, pues sólo se anunciaban en aquel año diez plazas para más de cien opositores.

Cuando, por cuestiones de carácter personal, abandonó dicha carrera, entró en la Escuela de Arquitectura, en la que, merced á sus sólidos conocimientos matemáticos y á su reconocida destreza en el dibujo, pudo, con perseverante aplicación, terminar la carrera en solos cuatro años; triunfo todavía más difícil de obtener en aquella época, en que no existía la libertad de enseñanza. Aún no había salido de la Escuela el señor Mérida, cuando su competente Profesor de Matemáticas, D. Jesús Buitrago, le llamó para que le ayudase en su Academia preparatoria, lo que no pudo verificar por sus múltiples ocupaciones, entre las que se contaba la enseñanza del dibujo.

Terminada la carrera, sustituyó el Sr. Mérida á un

maestro tan insigne como el Sr. Mendivil en las clases gráficas de la Academia preparatoria de nuestro querido Profesor Sr. Pagasartundua; pero muy luego empezó á consagrarse á la práctica del Arte, probando sus conocimientos como aventajado constructor y revelando sus grandes dotes como artista eximio.

Entre los que justifican al constructor, merece citarse el Archivo del Congreso de Diputados, pues consta nada menos que de siete pisos cargados de anaqueleras y papel, los que insisten sobre cuatro columnas, de las que sacó partido el Arquitecto para decorar el gabinete de lectura, situado bajo el depósito de libros.

En obsequio á la brevedad propia de estos actos, no me detengo á enumerar la multitud de obras privadas y monumentos fúnebres que ha erigido el Sr. Mélida, y en los que ha dado repetidas muestras, no sólo de sus conocimientos en las tres Bellas Artes plásticas, sino también, de que sabe imprimir á cada obra el especial carácter que la corresponde. Me limito, pues, á trazar á grandes rasgos los triunfos que ha obtenido en las principales obras de carácter público que le han sido encomendadas.

Tres son los concursos que ha ganado en honrosa lid con otros afamados artistas:

El primero, que es el monumento al Marqués del Duero, se halla adosado á uno de los muros de la Basílica de Atocha, en Madrid. Consta en su esencia de un arco resaltado sobre el muro, y cuyo vano se divide en dos huecos superpuestos: el inferior, de arco escarzano, recibe un magnífico león yacente de bajo-relieve, y en el superior aparece una notable y alegórica composición formada por el Genio de la guerra sosteniendo

el busto del General, y atributos militares. El conjunto del monumento resulta noble y severo, y toda la escultura ha sido modelada por el mismo Arquitecto, á excepción de la estatua y el busto, debidos al cincel del Académico Sr. Martín.

El segundo, de estilo gótico terciario, es el monumento á Colón, y se halla emplazado en el centro de la plaza de su nombre en la coronada villa. Consta de dos cuerpos: el inferior constituye un rico basamento de planta cuadrada, cuyos frentes se hallan perforados por nichos cubiertos de bóvedas de crucería que contienen composiciones escultóricas alusivas á la vida del Almirante, y en cuyos ángulos campean gallardos heraldos sobre elegantes repisas, y cobijados por ricos doseletes. El cuerpo superior es una esbelta columna que sostiene la estatua del inmortal marino. El conjunto del monumento ofrece nobles y elegantes proporciones, y los diversos detalles, como bóvedas cortadas en piedra, entrelazados, molduraje y cresterías, revelan cuán profundamente conoce su autor la estructura y organismo del arte ojival. También modeló el Sr. Mélida toda la escultura de este monumento, excepto la estatua del Almirante, debida al Académico Sr. Suñol.

El tercero, que es el sepulcro de Colón, también de estilo ojival florido, y hecho para la Catedral de la Habana, se acaba de instalar en la de Sevilla. El ataúd del insigne descubridor del Nuevo Mundo, cubierto por magnífico paño, es sostenido por cuatro hermosos heraldos, modelados por el mismo Arquitecto. El conjunto resulta original é interesante, y descansa sobre sencillo y bien compuesto basamento.



Pero las obras artísticas que mayor gloria han proporcionado al nuevo Académico, son la restauración del claustro de San Juan de los Reyes y el pabellón de España en la Exposición de París de 1889.

Respecto á San Juan de los Reyes, no pudo concluir el claustro su ilustre Arquitecto Juan Guas, quedando reservada al nuevo Académico la gloria de terminarlo. Proyectó al efecto la traza de la obra restante, de que no se conservaba dato alguno, y la llevó á cabo con tal carácter y corrección de estilo, que en nada desdice su conjunto del que ofrecen las viejas fábricas; y sus diversos detalles, como imposta, antepecho, crestería, airosos pináculos y bellísimas gárgolas, modeladas por el mismo Sr. Mélida, pueden competir ventajosamente con las más acabadas obras del antiguo maestro.

En la Exposición de París se distingue á la vez el señor Mélida como constructor y como artista. A causa de no haber concurrido oficialmente España á dicho certamen, no se dió principio á las obras hasta Enero, cuando ya estaban á punto de terminarse las edificaciones de los demás países, y cuando, por no quedar terreno disponible, tuvo nuestro Arquitecto que edificar en el cauce del Sena, estableciendo sobre pilotaje las correspondientes fundaciones. Pero arrastrados los pilotes por una avenida del río, ocurrida en el mes de Febrero, tuvo que volver á efectuar la hinca en el de Marzo, no quedándole más tiempo disponible que hasta el 5 de Mayo siguiente, y en tan corto plazo construyó el Sr. Mélida un edificio de dos pisos sobre un área de 1.000 metros cuadrados. Constaba de cinco elegantes cuerpos: uno central, mudéjar; dos de costado, platerescos, y dos inter-

medios, ojivales floridos. El Arquitecto se propuso presentar en el certamen una muestra de los tres estilos que florecieron en España durante el glorioso reinado de los Reyes Católicos, y los combinó con tal acierto é ingenio, que, á pesar de su gran diversidad de carácter y expresión, no hay gran disonancia en su hermoso conjunto. Toda la pintura, así como la original escultura que exorna esta fábrica, fué ejecutada por el mismo Sr. Mélida, y se distinguió de tal suerte, por el carácter y exquisito gusto que logró imprimir á la obra, que obtuvo uno de los tres únicos premios otorgados por el Jurado á los pabellones, siendo otro el de Méjico, cuyo coste ascendió á un millón de francos, y el tercero el de la República Argentina, que se elevó á tres millones, mientras el español sólo costó doscientas mil pesetas.

Tan extraordinario éxito, obtenido con medios tan reducidos, indujo á la Administración francesa, por iniciativa propia, y sin excitación alguna del Gobierno español, á premiar la obra del Sr. Mélida con medalla de oro y la cruz de Oficial de la Legión de honor.

El Monarca lusitano le dió asimismo una muestra particular de su real aprecio, condecorándole con la cruz de Santiago, exclusivamente creada para premiar servicios especiales, ya científicos, artísticos ó literarios, y que otorgó á nuestro compatriota por su hermoso monumento á Colón.

El ingreso en el Instituto de Francia es otro de los grandes triunfos artísticos del Sr. Mélida, pues no teniendo dicho alto Centro más que ocho plazas fijas de Académicos correspondientes entre los departamentos de Francia y el resto del mundo, son muy raros los ex-

tranjeros que pueden aspirar á tal honor. Sin embargo, al ocurrir la vacante producida por el fallecimiento de M. Flannel, residente en Ginebra, propuso M. Daumet al Sr. Mérida, frente á la candidatura apoyada por el célebre Arquitecto francés M. Garnier en favor de M. Samson, Presidente de la Sociedad de Arquitectos de Londres, resultando, sin embargo, elegido nuestro compatriota.

En la enseñanza del Arte ha conquistado asimismo el Sr. Mérida el más preciado galardón. Habiendo sido nombrado por el Ministerio de Fomento auxiliar interino de la Escuela Superior de Arquitectura, á propuesta del Claustro de Profesores, para crear la clase de Modelado, ha correspondido dignamente á las esperanzas que hizo concebir, pues no sólo patentizó en la enseñanza su habilidad técnica y el dominio de los diversos estilos ornamentales, imprimiendo á cada uno de ellos el especial carácter que le corresponde, si que también, como juez de tribunales, justifica constantemente sus profundos conocimientos en la composición, construcción y decoración arquitectónica, al examinar, en unión de sus comprofesores, los múltiples y complejos proyectos de edificios ejecutados por los alumnos de la Escuela.

Por no molestar la atención del distinguido auditorio que honra este solemne acto, omito la descripción de los demás servicios artísticos prestados por el Sr. Mérida, tales como la Exposición de ganados de Madrid de 1882, la construcción de las Escuelas artísticas de Toledo y otros varios; pues los ya descritos, y las recompensas nacionales y extranjeras con que han sido premiados, bastan para probar cuán dignamente viene este

ilustre Arquitecto á llenar el lamentable vacío que el distinguido artista, ferviente católico é integérrimo ciudadano señor Marqués de Cubas, ha dejado en esta Academia, y cuya buena memoria quedará siempre grabada en el corazón de los que nos honrábamos con su afectuosa y consecuente amistad.

En el magistral discurso del nuevo Académico, escrito sin pretensiones literarias que cuadran mal á un artista habituado tan sólo á expresar en duro material sus brillantes concepciones, pero con la sinceridad, sencilla elocuencia y chispeante ingenio propios de su autor, pone éste de relieve sus profundas y arraigadas convicciones artísticas al someter á vuestra consideración «Las causas que, á su juicio, han producido la decadencia del Arte, y los caminos que estima debemos seguir para su engrandecimiento.»

Enteramente conforme con la mayor parte de sus juiciosas apreciaciones, si en pequeños detalles pudiéramos disentir algún tanto, no sería yo, ciertamente, el llamado hoy á refutarlos; pues respetando siempre, por temperamento y por convicción, las diversas opiniones, no creo fuese delicado impugnar las muy dignas de consideración de mi querido compañero en este solemne momento, en que las prescripciones reglamentarias le vedarían defenderlas.

Voy, pues, sólo por cortesía, á hacerme cargo de las más interesantes afirmaciones de su discurso, relativas al proceso y futuro engrandecimiento del Arte, principalmente en cuanto se relaciona con la Arquitectura.

Rechazando el nuevo Académico la idea de que no existe el Arte donde no hay reproducción de la Natura-

leza, divide las Artes plásticas en dos grandes troncos: el correspondiente á la imitación del natural, ya en Pintura ó escultórica, y el relativo á las formas creadas por el hombre, al que corresponde la Arquitectura. Nada más lógico en mi sentir, puesto que las obras arquitectónicas tan sólo resultan una verdadera manifestación del espacio y del tiempo, por reflejar sus inspiradas creaciones, no las formas naturales del mundo que habitamos, sino las condiciones geográficas y los sentimientos y costumbres de los pueblos que han erigido aquellas fábricas, cual se reflejan en transparente lago las vistosas márgenes que lo circundan, y por esta razón, precisamente, resulta nuestro indeciso y ecléctico Arte arquitectónico trasunto fiel del período de transición que alcanzamos.

Considerada la Arquitectura desde el punto de vista utilitario, es indudable que no necesita de la decoración, al menos en su expresión ornamental, cual lo atestiguan, no sólo algunas obras de los Sres. Lema y Ayuso, sino también de D. Juan de Madrazo; y aunque el Sr. Mélida declara, con singular modestia, que no se siente con fuerzas para acometer de frente el problema arquitectónico, y cree que, para suplir esta deficiencia, necesita recurrir al auxilio de la decoración, sin embargo, el bosquejo que acabo de presentar de sus obras artísticas prueba que tiene suficiente talento y recursos no pequeños para ser un gran maestro, no un adocenado oficial.

Lo que, á mi ver, sucede, es que ni el Arquitecto señor Mélida, ni ningún otro, pueden sustraerse en más ó menos grado, según sus respectivas inclinaciones, al ambiente en que vivimos y á la inclinación natural de

la raza humana. Compuesto el hombre del cuerpo, formado por térrea y deleznable materia, y del espíritu que la vivifica, no puede contentarse con satisfacer las necesidades puramente materiales que experimenta, pues tendiendo siempre hacia un mundo superior, procura embellecer cuanto le rodea y dotarlo de todos los posibles atractivos.

Por esta razón es preciso que los albergues humanos sean, no sólo capaces de llenar las exigencias inherentes á la vida, sino que deben también hacer ésta amena y agradable, á fin de proporcionar al hombre todo el posible bienestar, material y moral, en su tránsito por la tierra.

A tan noble fin concurre poderosamente el Arte, que llamado, como todas las manifestaciones del espíritu, á dar cuerpo y vida á las ideas, realza las razonadas formas que suministra una conveniente disposición y razonada estructura, con proporciones armónicas y adecuadas al destino del edificio, y con la ornamentación medida y juiciosa que contribuye á imprimir á cada obra el sello especial inherente á su objeto, y el carácter relativo á los usos, sentimientos y costumbres de cada época y de cada pueblo.

Respecto á las fuentes en que debemos inspirarnos para procurar el engrandecimiento del Arte, acepto con entusiasmo tanto el ojival como el mudéjar que propone el nuevo Académico, pues no sé si por efecto de mi decidida pasión por estos Artes, juzgo que militan en su favor poderosas razones de orden moral y material.

En primer lugar, considerada la cuestión desde el punto de vista artístico-religioso, entiendo que no cabe ad-

mitir, para edificios de carácter sagrado, ninguno de los estilos que se desarrollaron en España á partir del siglo xvi; pues mientras la delicada catedral gótica, tanto por el acentuado predominio de su altura, como por representar la materia completamente supeditada á la idea, es la que mejor eleva nuestro pensamiento á las celestiales regiones, con abstracción completa de toda idea terrena, y nos representa la imagen del Divino Jesús todo dulzura y amor; en cambio, bajo las tétricas y frías bóvedas del Escorial, que es el monumento típico, y á través de sus imponentes y pesadas masas, paréceme ver tan sólo al Dios justiciero que ha de juzgarnos. Así, mientras la creación de Herrera sólo me inspira respeto y profunda consideración á la memoria de su sabio autor, en cambio la bella catedral legionense, con su maravillosa ligereza, sus místicas esculturas y sus rasgadas y sentidas vidrieras de imaginería, que descomponen la luz solar en brillantes colores, conmueven de tal modo mi espíritu que, cual las sublimes Vírgenes del inmortal Murillo, me producen el más puro éxtasis y me dan la más acabada idea del arte cristiano.

Comparando la expresión arquitectónica de ambos Artes, observamos: que mientras en el ojival se adopta como escala la altura media del hombre, y á ella se subordina la de sus diferentes elementos constructivos, cualquiera que sea la magnitud del edificio, lo que permite poder apreciar claramente las verdaderas dimensiones de éste, en cambio, en el greco-romano restaurado se fija un módulo puramente convencional, en proporción tan sólo con la altura del orden adoptado, y á él se somete la de sus diversos miembros: de suerte que,

con una misma traza ó proyecto, pueden construirse edificios de todos tamaños, sin más que variar la escala métrica correspondiente, por lo cual no podrá apreciarse en obra su verdadera magnitud, á no ser por los mismos seres humanos que en él se encuentran. Pero de todas suertes, siempre me parece ver en los edificios colosales pertenecientes á este último estilo, obras hechas, no para la especie humana, sino para gigantes, y creo, por lo tanto, que no ofrecen el verdadero carácter inherente á su destino.

El llamado barroquismo, que, como dice muy cuerdamente el nuevo Académico, no es un estilo arquitectónico, sino una escuela ornamental, en verdad muy apreciable, tampoco puede servir de fuente de inspiración para el nuevo arte arquitectónico, puesto que esta manifestación del pensamiento, que representa en el campo de las Artes lo que el gongorismo en la república de las letras, si bien muy digna de respeto, como todas las demás Artes, por simbolizar una importante página de la Historia y revelar un gran talento é inventiva en los principales artistas que á su cabeza figuran, no es, sin embargo, recomendable desde el punto de vista de la razón, que debe presidir á toda obra de arquitectura, y que no puede, por lo tanto, admitir las entortijaciones, entablamentos interrumpidos y enmarañadas composiciones de que hace gala esta escuela, originando grandes é inmotivadas dificultades constructivas, por extravíar la Arquitectura de su verdadero cauce.

Paréceme, pues, muy lógico, en el concepto constructivo, preferir, para el nuevo Arte, la ligera y articulada construcción ojival, á la estructura unida de las pesadas



moles clásicas, á pesar de su carácter monumental, y á las caprichosas fábricas llamadas churriguerescas, no obstante sus grandes efectos decorativos. Esta primacía debe, en mi pobre opinión, otorgarse, no sólo á los templos, sino también á los grandes edificios modernos de utilidad pública, toda vez que los entramados de hierro permiten espaciar cuanto se quiera y reducir al mínimo los puntos de apoyo, para erigir con gran rapidez y economía relativa, ya torres de tan desmesurada altura como la conocida de Eiffel en París, bien las grandes naves que constituyen el alma de las estaciones de ferrocarriles y de otros importantes edificios modernos que, á más de no satisfacer á nuestras especiales condiciones climatológicas, sólo aparecen, por regla general, hasta el día, ya con el carácter de meras construcciones industriales, ya revestidas con ornatos de muy dudoso gusto, y que no corresponden á la estructura de las fábricas á que se aplican.

¡Lástima grande que no se estudien convenientemente, desde el punto de vista artístico, todos estos edificios peculiares á nuestra época, á fin de imprimirles la elegante sencillez, armónicas proporciones y hermoso aspecto que por su destino reclaman, impulsando así el engrandecimiento del Arte patrio!

A tan noble fin concurren poderosamente los crecientes progresos de la industria y de la mecánica, dando vida á multitud de formas, entre las que principalmente descuellan las armaduras, las cúpulas y los puentes, en los que por una entendida y hábil repartición de esfuerzos, se consiguen resistencia, rigidez y economía relativa, tres condiciones indispensables en esta clase de obras.

Así, por ejemplo, mientras los monumentales cimborios de sillería son tan costosos por razón de sus inevitables empujes y complicados medios auxiliares, en cambio, las cúpulas de esqueleto férreo resultan fácilmente construibles, armando con este metal las cerchas que forman los meridianos y los cinchos que constituyen los paralelos, y á la vez que éstos contrarrestan los empujes, evitan la flexión y desviación lateral de los cuchillos, restando tan sólo arriostrar diagonalmente la encorvada red cuadrilátera para evitar la torsión del conjunto. Tratando artísticamente estas rígidas armaduras, pueden obtenerse efectos tan bellos como razonados.

La necesidad de arriostrar las cúpulas férreas formadas por meridianos y paralelos, muestra la conveniencia de adoptar, para los esqueletos, el sistema de arcos entrecruzados, empleado con tan feliz éxito en el cimborio mudéjar de la iglesia zaragozana de la Seo, que se inspira en las bellísimas bóvedas del mismo género pertenecientes al arte hispano-sarraceno, y de las que tanto partido se puede sacar actualmente, desde el punto de vista artístico, armando el esqueleto con nervaduras férreas cruzadas, cuyos trazados pueden variar al infinito, produciendo las más vistosas combinaciones. Rellenando después los entrepaños con ligeras construcciones, brillantemente realizadas, ya con la cerámica esmaltada, el mosaico y la pintura, ó bien con la escultura polícroma de bajo-relieve, pueden obtenerse los más sorprendentes y mágicos efectos.

Más radical transformación se ha operado todavía en las grandes obras destinadas á salvar ríos y profundas cañadas. Si los puentes de fábrica de Trezzo sobre el Adda,

de 72<sup>m</sup>,25 de luz, en Italia; de Cabin-John, de 67<sup>m</sup>,10, en los Estados Unidos, y de Almaraz, de 38 metros, en España, se consideraban, poco tiempo há, como atrevimientos de construcción, con el nuevo material que forma hoy el alma de las grandes obras, se fabrican vigas tubulares capaces de salvar claros de más de medio kilómetro, cual se verifica en los dos tramos principales del puente de Queensferry sobre el Forth, en Escocia, y cuya altura pasa de 137 metros.

Ante tan portentosas obras tienen que variar radicalmente las antiguas estructuras, produciéndose, por lo tanto, una nueva manifestación de la Arquitectura, capaz de responder á las crecientes necesidades de la vida moderna y á los nuevos materiales de que disponemos actualmente.

No debe, pues, considerarse muerta la Arquitectura, ni creer que lograremos su engrandecimiento copiando servilmente en hierro las formas propias de las construcciones pétreas; sino, por el contrario, inspirándonos en el espíritu investigador de las construcciones ojivales, cúmplenos emplear y combinar de tal suerte los nuevos materiales disponibles, que no sólo obtengamos el mayor efecto útil con los medios más sencillos, sino que, utilizando las formas primordiales que la ciencia y la práctica del Arte aconsejan de consuno, procuremos realzarlas, no con inmotivados y postizos adornos, que pugnan con la sana razón, sino con una decoración juiciosa y adecuada, *capaz de hacer esplendente la verdadera estructura*, que es, en mi sentir, el medio más adecuado para realizar la concepción artística en todo su vigor y lozanía.

Para conseguir tan bello ideal, cuenta nuestra Escuela Superior de Arquitectura con excelentes Profesores, que, á excepción del que se honra hoy con vuestra representación, tienen probadas aptitudes para abrir luminosos horizontes y dirigir por el camino de la gloria á la noble y entusiasta juventud que acude á nuestras aulas, y entre cuyos maestros ocupa tan distinguido lugar el nuevo Académico, en quien contamos también, desde hoy, con un decidido campeón del Arte, que contribuirá grandemente, con su buen juicio y genio artístico, al brillo y esplendor de nuestra Academia, y al que, para terminar, me complazco en transmitir vuestra cordial felicitación.

HE DICHO.